

Corsarios y marineros

El tesoro del presidente del Paraguay

El continente misterioso

Los corsarios de las Bermudas

Dos abordajes

**Las extraordinarias aventuras de
«Cabeza de Piedra»**

Emilio Salgari



Corsarios y marineros
Emilio Salgari

El tesoro del presidente del Paraguay
First published as *Il tesoro del presidente del Paraguay*, 1894

El continente misterioso
First published as *Il continente misterioso*, 1894

Los corsarios de las Bermudas
First published as *I corsari delle Bermude*, 1909

Dos abordajes
First published as *La crociera della Tuonante*, 1910

Las extraordinarias aventuras de «Cabeza de Piedra»
First published as *Straordinarie avventure di Testa di Pietra*, 1915

ISBN: 9781987886337

Cover: *Pirates*, NC Wyeth 1921

All Rights Reserved. Published internationally by ROH Press.
No part of this book may be reproduced or transmitted in any form
or by any means, graphic, electronic, or mechanical, including
photocopying, recording, taping, or by any information storage
retrieval system, without the written permission of the publisher.

<http://www.rohpress.com/>

Los dos marineros

El continente misterioso

Capítulo 1

El lago Torrens

—¡VAYA UN PAÍS! INCLUSO bajo los árboles se quema uno vivo. ¿Árboles? A fe mía que no merecen ese nombre. ¡Henos aquí en medio de un bosque y sin un palmo de sombra! ¡Extraña idea de la naturaleza ésta de que las hojas crezcan de través!

—Estamos en el país de la paradoja, marinero.

—¡Menudo país, por Baco! Nunca había visto una tierra semejante, y eso que he recorrido el globo terráqueo en todas direcciones. Fíjate qué continente, donde los árboles no dan sombra...

—Y en vez de perder las hojas como en nuestras tierras, pierden la corteza, marinero.

—Donde los cisnes son negros...

—Y las águilas blancas.

—Sí, Cardozo. Donde las ortigas son altas como árboles y los álamos pequeños como arbustos.

—Y donde se pesca el bacalao en los ríos y se encuentra la perca en el mar, marinero.

—Las serpientes tienen alas como los pájaros.

—Y las grandes aves no vuelan porque tienen muñones en vez de alas.

—Donde el termómetro sube cuando llueve y baja cuando hace buen tiempo...

—Y el aire es húmedo cuando hace buen tiempo y seco cuando llueve, marinero.

—Sí, Cardozo. Donde los perros no ladran y tienen cabeza de lobo y cuerpo de zorro.

—Y los peces tienen alas coloradas como las de los pájaros y las pliegan como las de las mariposas; y los árboles no dan frutos y en cambio sudan goma; y encuentras plantas que casi te envenenan por poco cerca que pases de ellas, y flores que te hacen volver ciego, animales que amamantan y tienen pico como los patos; donde los pájaros en vez de cantar restallan como el látigo, suenan como si tuviesen una campana en la garganta, ríen

como un negro borracho, o lloran como un niño, o parecen relojes de péndulo; donde los animales tienen una bolsa para guardar a sus crías y sus piernas son desiguales, y donde los salvajes se comen los unos a los otros y serían felices metiéndote en el asador. ¿No es así, marinero?

—Sí, hijo mío, pero tú descripción me ha hecho poner la piel de gallina.

—¡A un marinero como tú, que ha tenido la muerte ante los ojos y que ha estado a punto de ser devorado vivo por los *mondongueros* de la pampa patagónica! ¿Estás bromeando, maestro Diego?

—No bromeo, Cardozo; a pesar de todo, le tengo mucho aprecio a mi piel y no me gustaría perderla en este país, tan lejos del mío.

—¿Piensas volver con ella intacta?

—No pretendo tanto, Cardozo, pero dejarla toda aquí no me gustaría nada. Extraña idea la de nuestro doctor de ocultarse en el corazón de este continente.

—¿En el corazón? Atravesaremos todo este país misterioso, marinero.

—¿De un océano a otro?

—Sí, o mejor dicho, de las orillas de este lago a las costas septentrionales, aún no sé si al golfo de Carpentaria o al de King.

—¿Pero por qué quiso atravesar Australia?

—Aún no lo sé, pero me parece haber oído decir que se trataba de buscar las huellas de no sé qué explorador perdido no se sabe dónde y al mismo tiempo de explorar las costas septentrionales; otros en cambio me dijeron que se trataba de una gran apuesta.

—¿Es realmente tan difícil la travesía de este continente?

—Parece que no es cosa fácil, pues todavía se ignora con precisión si se trata de un enorme desierto o hay algo peor. Se dice sin embargo que alguien lo ha atravesado, pero no podría asegurarte si es cierto.

—¿Y nuestro doctor se empeñó en atravesarlo y en meter las narices en ese desierto?

—¿Te disgusta tal vez, Diego?

—No, estoy acostumbrado a viajes largos, o mejor dicho, estamos acostumbrados. ¿Acaso no atravesamos la pampa patagónica para salvar el tesoro del pobre presidente Solano López? ¡Uf! ¡Cuando pienso que aquel valiente murió de aquella manera!... Pero dejemos a los muertos. ¡Eh, Coco,

tráenos una botella! ¡Tengo necesidad de remojar me el gaznate y de ahogar los recuerdos!

Un aborígen australiano salió de un enorme carro, un auténtico *dray* australiano situado bajo un grupo de árboles inmensos, de copa frondosa y tronco blanco como si estuviera cubierto de cal, y se acercó llevando en sus manos simiescas una botella y dos vasos.

Era un auténtico ejemplar de la raza indígena que habita las regiones centrales del continente australiano. Tenía los cabellos largos, rizados, untados de una capa de grasa, la frente hundida, los ojos negros y brillantes, una boca de cocodrilo, el vientre saliente, y las piernas sin carnes. Su color era indefinible, pues se hallaba completamente cubierto de capas de pintura, pero más parecía bronceado que negro, aunque con tonos color chocolate.

—Aquí está, *sir* —dijo en inglés.

—Gracias, Coco —dijo el que atendía por maestro Diego.

Miró la botella, la descorchó e hizo tres o cuatro sorbos.

—Brandy, y del bueno —dijo después, chasqueando la lengua—.

Toma un trago, Cardozo, te hará venir un sueño delicioso.

—¡Con este calor!

—Un sorbo te sentará bien, hijo mío.

—Pero... ¡Eh!

—¿Qué te pasa?

—¿No ves ese punto negro en el lago?

—¡Por cien mil diablos! ¿Será el doctor?

—Tal vez, Diego.

—Hace tres días que estamos aquí, esperándolo, y debía haber llegado hace veinticuatro horas. Estoy impaciente por verlo y por saber adónde vamos, o si es que hemos de permanecer todavía mucho tiempo en la orilla septentrional de este inmenso lago, en compañía de este salvaje de color de regaliz. ¡Vaya suerte! Yo que me veía viajando alrededor del mundo, cómodamente instalado en el puente de un vapor, haciendo escala de vez en cuando en los mejores hoteles, y heme aquí en cambio presto a sufrir hambre y sed y tal vez terminando mi existencia dando vueltas en un asador. En verdad que no valía la pena dejar el Paraguay y mucho menos el crucero. ¿Tú que dices, Cardozo?

—Que los años te vuelven gruñón, Diego. ¿Crees que el doctor nos habría llamado para pasearnos por el mundo como grandes señores?

¡Precisamente él! ¡Un naturalista, un explorador audaz, un cazador empedernido! Cuando se parte con dos marineros que han tenido el valor, modestia aparte, de atravesar el mar en globo, de escapar de manos de los patagones, de recorrer el extremo meridional de América del Sur para salvar un tesoro, es porque las han pasado de todos los colores...

—¡Alto ahí! ¡Mira, Cardozo! El punto negro aumenta de tamaño y despidе humo.

Los dos hombres que así hablaban en la orilla septentrional del lago australiano de Torrens, vasta cuenca que abarca ciento cincuenta millas de la región llamada Tierra de Flinders, o Australia meridional, situada entre los 137° y 138° de longitud y los 31° y 33° de latitud Sur, se levantaron a un tiempo y fijaron atentamente la vista en el punto señalado.

Pero, antes de todo, demos una rápida mirada a los dos hombres. El que atendía por Diego era un buen ejemplar de lobo de mar, y sería reconocido como tal entre mil, aunque no llevase el traje de marinero que vestía.

Podría tener cuarenta y cuatro o cuarenta y cinco años. Estatura alta, miembros muy desarrollados que denotaban una fuerza poco común, piel quemada y requemada por el sol tropical y los vientos marinos, rasgos enérgicos.

El otro, el llamado Cardozo, era mucho más joven; no tendría los veinte años. Era más bajo que su compañero, delgado, pero todo nervios, y parecía dotado de la extraordinaria agilidad de los cuadrumanos; era moreno como un mestizo, pero de rasgos bellos y finos, con dos ojos negros como carbones y dos labios sutiles siempre dispuestos a esbozar una sonrisa burlona.

Pese a su corta edad, se veía enseguida que estaba dotado de una sangre fría extraordinaria y de una audacia a toda prueba.

Los dos marineros habían dejado hacía dos semanas la pintoresca ciudad de Augusta, situada en el profundo golfo de Spencer, donde aguardaban el regreso desde Adelaida del doctor Álvaro Cristóbal, uno de los médicos más osados y brillantes de la escuadra fluvial del Paraguay, cazador empedernido, naturalista y explorador ya famoso que había dejado América para emprender un viaje de placer por todo el mundo en compañía de sus dos bravos marineros.

A cambio, éstos habían recibido un sobre sellado que contenía un cheque por 1.000 libras esterlinas junto con instrucciones precisas de ir a esperarlo a la costa septentrional del lago Torrens, junto al monte Polly, con un *dray* (especie de gran carromato) equipado de todo lo necesario para una larga expedición por el interior.

Y eso no era todo. El mismo día llegaba junto con el correo un aborígen australiano que Diego se obstinaba en llamar Coco, pero cuyo verdadero nombre era Niro-Warranga, que hablaba inglés corrientemente, e incluso farfullaba algo de español, y que debía encargarse de guiarlos hasta el lago.

Los dos marineros, sin discutir, sin intentar adivinar el objetivo de la misteriosa expedición que debía llevarlos a atravesar el continente, habían comprado un *dray* (colosal carromato tirado por seis pares de bueyes), tres caballos escogidos entre los mejores, armas, munición de boca y de guerra, tiendas y otros elementos necesarios, y se habían dirigido rápidamente hacia el Norte.

Tras bordear el amplio golfo y el lago Burt, habían llegado cuatro días después al de Torrens y, guiados por el aborígen, se habían dirigido a las playas septentrionales donde, según las instrucciones recibidas, acamparon junto al monte Polly.

Como decíamos, al ver aparecer sobre la superficie del lago el punto negro rematado por un penacho de humo, se habían levantado de pronto.

—¡Es una barca de vapor! —exclamó el maestro, mientras con las manos se protegía los ojos de los ardientes rayos solares—. Estoy seguro. Ya era hora de que llegase don Álvaro, pues de haber tardado más me habría encontrado cocido como una banana al horno.

—Siempre que el vapor no pertenezca a otra persona —dijo Cardozo.

—Imposible, hijo mío. ¿No ves cómo se dirige con toda precisión hacia aquí? Que yo sepa, en estas costas calcinadas por el sol no hay un solo establecimiento colonial, ni una sola aldea.

En aquel instante se oyó en el lago una serie de detonaciones y surgieron líneas rojizas en el barco. El maestro dio un salto.

—¡Ah! —exclamó—. Conozco ese ruido.

—Es el de una ametralladora; ¿no es cierto, marinero?

—Sí, Cardozo. Tal vez el doctor se haya provisto de ese aparato para agujerear las flacas espaldas de los salvajes. Puedes estar contento, hijo mío,

si nuestro arsenal consigue ese nuevo refuerzo. ¡Eh, Coko, dame mi carabina!

Cargó el fusil que le entregó Niro-Warranga y disparó tres veces al aire. Otra detonación sonó en el barco.

—¡Es él! —exclamó Diego—. Disponte al saludo, Cardozo.

—Dispuesto, marinero —dijo el joven Cardozo sonriendo.

El vapor aumentaba de tamaño con rapidez. En menos de un cuarto de hora se situó a doscientos metros de la costa.

Lo tripulaban cuatro hombres; tres de ellos parecían marineros o bateleros australianos; el cuarto, de pie en la proa, era un buen mozo de unos treinta y cinco años de edad, alto, robusto, bronceado, de ojos negros, labios sombreados por un bigote también negro; en suma, un hombre que no debía ser menos audaz que Cardozo ni menos robusto que Diego.

Apenas el vapor tocó en la orilla, el doctor saltó ágilmente a tierra, se encaramó en las rocas y se detuvo delante del maestro y del joven marinero, que lo saludaban militarmente.

—Gracias, queridos amigos —les dijo—. Abajo las manos y estrechad la mía; aquí todos somos iguales.

—Es mucho honor —dijo Diego.

—Chócala, mi viejo marinero —dijo Álvaro alargándole la derecha.

—Y tú también, valiente Cardozo. Aquí sólo somos tres amigos.

Luego, dirigiéndose a los hombres del vapor, gritó:

—¡Descargad!

Los cuatro marineros llevaron a tierra un grueso paquete cubierto con una tela encerada, y con grandes precauciones se encaramaron por la rocosa ribera, depositándolo bajo el grupo de árboles.

—A ver si reconoces este aparato —dijo Álvaro a Diego.

—¡Cáspita! —exclamó el marinero, levantando el envoltorio—; es la ametralladora que se oía disparar hace poco.

—Sí, mi buen amigo, una ametralladora perfeccionada con veinticinco cañones dispuestos en forma de abanico y que mantendrá a raya a los salvajes del interior si intentasen asaltarnos. Te lo confío, pues tú ya conoces este juguete.

—Lo haré cantar en el momento oportuno, doctor, y ya verá cómo responderé a los asaltantes.

Otro paquete, pero mucho más ligero y pequeño, fue desembarcado del vapor y llevado a la orilla.

—¿Otro juguete? —preguntó Diego.

—No —dijo el capitán—. Pero también este objeto puede ser de gran utilidad. Abre y examínalo.

Diego rompió las cuerdas y la tela que lo cubría y ante sus ojos apareció un rollo de goma.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—¿No lo adivinas?

—No.

—Es un barco.

—¡Un barco! ¡Quite allá! Usted quiere burlarse de mí, doctor.

—No bromeo, Diego. Es una canoa de goma muy fácil de manejar, pues como ves no pesa más de diez kilos, y tiene cabida para cuatro personas. Basta inflarla con un soplete para verla navegar mejor que una chalupa.

—Esto no lo había visto nunca. ¿Y tú, Cardozo?

—Ni yo tampoco, marinero.

—Siempre se inventan cosas nuevas; ya se sabe, estamos en el siglo de los descubrimientos.

Los marineros del vapor descargaron enseguida una caja de municiones destinadas a la ametralladora, cuatro pares de remos para la canoa de goma y varias cajas de víveres en conserva. Hecho esto, desearon al doctor buen viaje, se dirigieron a su barca y se alejaron a toda marcha en dirección sur.

El doctor los siguió por unos momentos con la mirada, y luego, volviéndose hacia los dos marineros, dijo:

—¿Tenéis todo preparado para la expedición?

—Contamos con un *dray* gigantesco, seis pares de bueyes, tres caballos que corren como el viento, seis fusiles “Snider” y seis revólveres, municiones en abundancia, víveres para seis u ocho meses, tiendas, mantas, vestidos, una pequeña farmacia, sierras, cuchillos, una cocina portátil. Creo que no falta nada, doctor.

—Perfecto. Pero, ¿sabéis a dónde vamos?

—Todavía no, doctor, pero poco importa a dónde vayamos —dijo Cardozo.

—¿No lo sospecháis?
—Parece que se trata de atravesar este continente misterioso.
—De eso se trata, Cardozo. Vosotros no teméis las expediciones largas, pues habéis atravesado la pampa patagónica, habéis sufrido peligros de todas clases y superado obstáculos increíbles.
—¡Bah! No venga ahora con ésas, doctor —dijo Diego.
—Os advierto que os voy a llevar a través de regiones casi inexploradas —añadió el doctor.
—Nosotros las exploraremos.
—Que habremos de atravesar desiertos horribles.
—Se atravesarán —dijo Cardozo.
—Que habremos de rechazar ataques de los indígenas.
—¡Bah! Ya hemos luchado con los salvajes —dijo Diego.
—Gracias, amigos. Sabía que podía contar con dos fieles y bravos marineros que no retrocederían ante ninguna dificultad. Sentémonos dentro del tronco de aquel colosal eucalipto y os contaré a dónde iremos y los motivos que me empujaron a emprender este gran viaje, destinado a marcar un hito en la historia de las exploraciones. Niro-Warranga, tráenos una botella de champán.

Capítulo 2

A través del continente misterioso

MIENTRAS EL GUÍA ABORIGEN les traía la botella y los vasos, el doctor y los marineros se sentaron dentro del tronco del árbol, único lugar donde se podía gozar un poco de sombra pues era tan enorme que seis hombres no podrían abarcar su tronco.

—¡A vuestra salud, amigos! —dijo el doctor, alzando el vaso lleno hasta el borde.

—¡A vuestra salud, señor, y por el buen éxito de la expedición! — contestaron los marineros.

Después de apurar de un solo trago el vino espumoso, el doctor encendió un cigarrillo mientras Diego se llevaba a la boca un buen pedazo de tabaco.

—Os había traído en mi compañía —continuó el doctor— para hacer un simple viaje alrededor del mundo con algunas paradas en los puntos más interesantes y algunas excursiones por los grandes bosques australianos, o por la espesa selva de la península indostánica, o entre los baobabs gigantes de África. Pero, como dicen los marineros españoles, el hombre propone y Dios dispone, y este proverbio se acomoda perfectamente a mi caso. Sí, amigos, vamos a interrumpir nuestro viaje alrededor del globo y sustituirlo por un paseo a través de este continente misterioso.

—Nuestras piernas son fuertes —dijo Diego—. Poco nos importa ir a un sitio u otro. ¿No es cierto, Cardozo?

—Es lo mismo —respondió el joven marinero—. En vez de ver la India, África o cualquier otra región, visitaremos este continente, que tal vez sea el más interesante.

—Bien dicho, Cardozo —dijo el doctor—. Pero sin duda ignoráis el objeto de esta expedición.

—Por completo —dijo Diego.

—Se trata de encontrar a un compatriota nuestro que salió de Melbourne hace seis meses para explorar el interior del continente y que ha desaparecido.

—¿Quién es ese compatriota? —preguntaron a una Diego y Cardozo.

—El señor Benito Herrera, valiente científico que se había propuesto explorar los desiertos pedregosos del interior y llegar a las costas septentrionales del golfo de Carpentaria, un hombre ilustre que ha dotado a nuestro país de espléndidas colecciones de animales, plantas e insectos recogidos en infinidad de regiones del mundo. Después de haber hecho una exploración en Birmania, hacia las fuentes del Irawadi, desembarcó en Australia con intención de visitar este continente tan extraño, pero, como os dije, no se tienen noticias suyas y se teme que se encuentre prisionero de las tribus del lago Wood. El gobierno inglés, interesado por el nuestro, ha hecho ya investigaciones e interrogado a todos los aborígenes que proceden del interior, aunque con escaso éxito. Sólo se sabe que hace unos tres meses

un hombre blanco, cuyas señas coinciden con las de nuestro compatriota, fue visto solo en las proximidades del lago Wood, y nada más. Se sospecha, no obstante, que no está muerto, pero es posible que haya sido hecho prisionero por alguna tribu de indígenas. Después de telegrafiar a mis amigos del Paraguay comunicando mi llegada a Adelaida, recibí un despacho de nuestro gobierno en que se me rogaba, de ser posible, que hiciera las investigaciones precisas sobre la desaparición de nuestro desgraciado compatriota y se me autorizaba a prolongar mi estancia todo el tiempo que fuera necesario. Recibí esta comunicación cuando ya habíamos llegado a Augusta. Inmediatamente partí para Adelaida, sin decir nada acerca del objeto de mi repentino viaje, y desde allí telegrafíé pidiendo un año de licencia, pues había decidido emprender una minuciosa exploración por el interior.

—¿En busca de nuestro compatriota?

—Sí, Cardozo —respondió el doctor.

—Estamos dispuestos a seguirle, señor —dijo Diego—. Disponga como guste de nosotros.

—Sabía que estabais decididos a acompañarme, amigos, por eso os encargué todo lo necesario, para no perder un tiempo precioso.

—¿Partiremos los tres solos?

—Sí, Cardozo.

—¿Y Coco?

—Nos acompañará —dijo el doctor sonriendo—. Tu Coco es un valiente, fiel y conocedor del interior del país. Acompañó al explorador Burke en una larga expedición y seguro que no lo hubiese dejado de no haber tenido que acompañar a la segunda expedición, guiada por Wright.

—¿Durará mucho este viaje? —preguntó Cardozo.

—Todo depende de los obstáculos que encontremos. Podemos cumplirlo en seis meses, pero también podría prolongarse hasta ocho, diez, doce, y tal vez más.

—¿Piensa atravesar todo el continente?

—Lo ignoro, Cardozo, pues no sabemos dónde hallaremos a nuestro compatriota, o al menos sus huellas. Pero es probable que lo atravesemos. Ya he rogado a un inglés amigo mío, que había puesto su yate a mi disposición, que lo dirija a las islas Edward Pellew, en el golfo de Carpentaria, dentro de cuatro meses, de donde podremos regresar por mar.

Tengo su palabra, y si nos vemos obligados a llegar hasta allá, lo encontraremos.

—¿Y nos aguardará mucho tiempo?

—Tres meses.

—¡Qué inglés tan generoso! —dijo Diego.

—Es un hombre muy rico y amigo de nuestro compatriota, y suele financiar investigaciones científicas.

—¿Qué extensión tiene el continente? —preguntó Cardozo.

—Dos mil cuatrocientas millas de este a oeste y mil setecientas de norte a sur —respondió el doctor.

—¿Y lo atravesaremos de sur a norte?

—Sí, Cardozo, y seguiremos los 134°, 135°, 136° y 137° de longitud, es decir, la dirección tomada por Herrera.

—Ya sabemos bastante, señor —dijo el maestro—. Sólo pido que partamos.

—Y yo también —dijo Cardozo—. Son apenas las diez de la mañana y antes de la noche podemos haber recorrido un buen trecho.

—¿Están dispuestos los animales?

—Los bueyes ya están uncidos al *dray* —respondió Diego— y nuestros caballos ensillados.

—¡Un momento y partimos!

Cristóbal sacó de su cinto un largo cuchillo español, arrancó del árbol un pedazo de corteza y escribió en el tronco:

El doctor Álvaro Cristóbal, 30 noviembre de 1870.

Después dijo:

—Y ahora en marcha, amigos.

Entraron bajo el grupo de árboles gigantes bajo los cuales mugían y relinchaban los animales.

Allí, un *dray* inmenso, uno de aquellos carros monumentales cubiertos de tela blanca que los pastores australianos conducen en sus largas excursiones, auténticas fortalezas desde dentro de las cuales pueden defenderse contra los ataques de los feroces aborígenes australianos y guarecerse de noche con seguridad, se hallaba dispuesto para partir. Las seis

parejas de bueyes sólo aguardaban la señal del conductor para ponerse en marcha.

Detrás de aquella casa ambulante, tres soberbios caballos, de pura sangre, que hubieran constituido el orgullo de cualquier ganadería europea, relinchaban impacientes.

Después de haber examinado cuidadosamente el carro y las numerosas cajas que contenía y de haber admirado los animales, dijo el doctor:

—A tu puesto, Niro-Warranga, y nosotros a los caballos.

El negro se sentó en la parte delantera del carro, empuñando un largo látigo de unos tres metros; el doctor y los marineros saltaron sobre sus caballos después de haber puesto los fusiles en el arzón y de haber colocado los revólveres en las pistoleras de las sillas, y la caravana se puso en marcha hacia el norte, bordeando el bosque.

El calor era intenso, pues ya había comenzado el verano, estación que en Australia comienza cuando en nuestros países caen las primeras nevadas. El sol dejaba caer verticalmente sus rayos sobre las cabezas de nuestros audaces exploradores, y las hojas de los árboles, por su extraña disposición más vertical que horizontal, no conseguían mitigarlo; pero nadie se quejaba pues los tres blancos estaban acostumbrados a los calores del Paraguay y el negro a aquellos rayos de fuego del continente australiano.

Finalmente aquel bosque, constituido en su mayor parte por *blackwood*¹ o madera negra, *stringybark*² o árboles de corteza fibrosa y de *bloodwood*³ o madera de sangre, parecía haberse transformado en un verdadero horno, pues, por una rareza inexplicable, los bosques australianos, en vez de ser frescos y húmedos como los nuestros, son secos y sin sombras, monótonos y de aspecto triste.

—¡Extraño país! —exclamó Diego, que cabalgaba detrás del pesado *dray*, al lado del doctor y de Cardozo—. ¿Puede haber otro peor bajo la capa del sol? Ni siquiera en los bosques se puede estar un poco fresco.

¹ Blackwood: *Acacia melanoxylon* comúnmente conocido como Acacia negra

² Stringybark: Corteza fibrosa. Es el nombre que se le da a algunas especies de eucaliptos los cuales tienen una corteza gruesa y fibrosa

³ Bloodwood: *Corymbia gummifera*, comúnmente conocido como Palo de sangre roja

—Y esto no es nada. Cuando lleguemos a los desiertos pedregosos del interior, sentirás cómo se te cuece la piel.

—¿Qué dice, señor? ¿Desiertos de piedra? ¿Pero, también son diferentes los desiertos en este continente?

—Aquí todo es distinto, amigo Diego. Es un continente extravagante; tanto, que algunos científicos, maravillados, han opinado que este país es un pedazo de cometa precipitado sobre la tierra o un bólido inmenso.

—Pero dígame, señor, ¿son realmente piedras lo que cubren los desiertos o gruesos granos de arena?

—Piedras monumentales diseminadas en un espacio inmenso.

—Entonces, el viento no las levantará como las arenas del desierto.

—No, Diego.

—Pero, ¿quién las ha colocado allí?

—¿Quién lo sabe? Tal vez cayó en aquellas regiones una lluvia de aerolitos hace muchísimo tiempo, o tal vez se deba a un fenómeno que hasta ahora nadie ha conseguido explicar.

—¿Y hace calor entre aquellas rocas?

—Como para quemarte vivo, Diego.

—¿Y atravesaremos nosotros ese desierto?

—Sí, lo atravesaremos.

—Dígame, señor, ¿hace mucho tiempo que se conoce este enorme continente? —preguntó Cardozo.

—Es algo difícil de decir, Cardozo, porque todavía se ignora quién lo descubrió y la época exacta. Los más otorgan tal honor a Abel Tasman, sin preocuparse de hacer más investigaciones; otros a Dirk Hartog, pero parece que el honor del descubrimiento corresponde, antes que a los holandeses, a los portugueses, los cuales debieron ver este continente en 1500. Pero también puede ser que en vez de haberlo visto hubiesen tenido noticia de su existencia por los malayos que llegaban a estas costas para la pesca del *trepang*, especie de molusco coriáceo, muy apreciado en los mercados chinos. Pero yo sé que en el Museo de Londres existe un manuscrito francés del siglo XV con un mapa en el que se incluye una tierra que lleva muchos nombres portugueses y que parece tratarse precisamente de Australia. Pero el honor de haber dado a conocer la existencia de este continente corresponde al holandés Hartog, el cual lo llamó primero Eendrachtsland o Tierra de la Concordia y exploró las costas occidentales

en 1616. Después de él, de 1618 a 1626, exploraron las costas otros capitanes holandeses: d'Edel, Carstenzoon, Nuyts, de Witt, que puso su nombre a un trecho de la costa noroeste, Pelsaert y, finalmente, Tasman, que exploró las costas meridionales en 1642, descubriendo la isla de Van Diemen, que al principio se creyó se trataba de una prolongación del continente, y las costas meridionales en 1644, adentrándose en el golfo de Carpentaria. Él fue quien la llamó Nueva Holanda, nombre que ha quedado para designarla, aunque por lo general hoy se llama Australia.

—¿Y Holanda no pensó ocuparla?

—Nunca, e hizo mal, pues se hubiese beneficiado de una de las más espléndidas colonias.

—¿Y cuándo la ocupó Inglaterra? —preguntó Cardozo que parecía muy interesado en el tema.

—Hace poco menos de cien años, precisamente en 1787, por consejo del célebre navegante Cook y para compensar la pérdida de las ricas colonias de América del Norte. La misión de ocuparla fue confiada al comodoro Arthur Phillip, el cual zarpó de Inglaterra con once navíos llevando a 1160 personas entre los cuales iban 757 presidiarios y 192 mujeres, condenados todos a la deportación. Antes, el gobierno inglés había pensado enviar sus presidiarios a África, a la Colonia de El Cabo, pero después los mandó a Australia, e hizo bien. Phillip desembarcó en una bahía que llamó Botany Bay, pero, al no parecerle adecuado el lugar, fundó una colonia cinco leguas más lejos a la que llamó Parramatta y después Sídney, donde se instaló definitivamente el gobierno de la colonia. Pero los primeros momentos fueron bastante difíciles. Phillip no había llevado en su barco más que un toro, cuatro vacas, un ternero, un garrón, tres yeguas, treinta y cuatro ovejas, cinco corderos y algunos cerdos. Los primeros colonos pasaron momentos difíciles y sufrieron hambre muchas veces, pues los presidiarios, en vez de cultivar la tierra, huían a los bosques para gozar de libertad. Uno de los más ricos funcionarios escribía a sus padres que esperaba morir de hambre en cuestión de días. Pues bien, de aquel millar de personas, en poco menos de cien años, surgió la colonia que ahora veis, rica, próspera, populosa, con espléndidas ciudades, y aquellos pocos animales se reprodujeron de tal manera que hoy se cuentan en Australia seiscientos mil caballos, cinco o seis millones de bueyes y cuarenta millones de ovejas. ¡Quién hubiera dicho a Phillip y a aquel funcionario que temía

morir de hambre que, un siglo después, aquella colonia microscópica había de enviar sus productos a la vieja Europa!

—La historia de esta colonización es maravillosa —dijo Cardozo.

—Maravillosa es poco; es única, increíble, amigo mío.

—¡Alto! —dijo en aquel momento Niro-Warranga—. ¡El Gamber...!

Capítulo 3

Cuarenta millas al norte

LA PEQUEÑA CARAVANA se encontraba delante de una corriente de agua que cortaba el camino hacia el este. Era el Gamber, un río de poca importancia, escaso de agua, que nace en los contrafuertes de una cadena de montañas llamadas Turret, en el declive del pico Hamilton, el cual se halla un poco más al norte, completamente aislado. El Gamber va a desembocar en el lago Eyre, extensa cuenca que se encuentra hacia el este siguiendo la línea del meridiano 137.

En el punto adonde habían llegado los exploradores, corría aprisionado entre dos riberas, las cuales presentaban de vez en cuando profundas excavaciones que se dirían producidas por instrumentos mineros. La vegetación se reducía a unas cuantas matas de la especie *sophora*, en medio de las cuales revoloteaban unas docenas de pequeños pájaros de vientre amarillento y dorso cubierto de plumas grises.

Niro-Warranga descendió del *dray* para observar el terreno y, habiéndolo encontrado adecuado para atravesar el río, empujó a los bueyes al agua maniobrando con mano maestra el descomunal látigo.

La pesada máquina descendió por la orilla, penetró en la corriente, que era débil y poco profunda, y la atravesó alcanzando la ribera opuesta. Para los caballos esta primera travesía fue un simple juego, pues estaban acostumbrados a pasar a nado anchos espacios de agua.

Alcanzada la costa, se ofreció ante la caravana una selva que parecía encaramarse por los flancos de una cadena de montañas que limitaba el horizonte por el norte. Estaba compuesta por los árboles habituales, *blackwood*, *stringybark* y *bloodwood*; pero se veían bellísimos *wattles* o árboles entrelazados, como los llamaban los colonos y *tea-trees*,⁴ cubiertos, ahogados entre las espirales de gigantescas lianas.

Al aparecer los exploradores en medio del bosque oyeron unos chillidos y vieron huir centenares o millares de conejos, que se apresuraban a esconderse en sus madrigueras.

—¡Diablo! —exclamó Diego—. ¡Conejos aquí, y los hay a millares...!

—¿Te sorprende? —preguntó don Álvaro.

—Un poco, lo confieso, doctor. Estos animalitos no deben de ser indígenas de este continente.

—Es cierto, Diego. Han sido importados hace pocos años de Inglaterra; pero parece que estos roedores han encontrado aquí un verdadero paraíso, porque en muy poco tiempo se han propagado de tal modo, que constituyen un peligro para la agricultura. En ciertas regiones se han multiplicado de tal manera, que lograron infestar bosques y praderas, obligando a los labradores a huir de tales lugares para no morir de hambre, porque se comían las cosechas en cuanto apuntaban.

—¿Y por qué no los cazan? ¡El conejo estofado es un plato delicioso!

—Han realizado verdaderas matanzas de estos animales; pero no ha servido de nada. El gobierno acordó dar premios a los cazadores de los *rabbits* (así se llaman aquí los conejos) y a los inventores de lazos para destruirlos; se trató de envenenarlos con estricnina, aunque todo sin resultado. Mataban diez mil, y nacían veinte mil. Ahora se trata de introducir aquí zorras; pero temo que estos astutos animales se multipliquen de tal modo, que no dejen a los colonos un ave de corral.

—He aquí una cosa que conviene saber.

—¿Y por qué, Diego?

—Porque, si alguna vez me falta trabajo, vendré aquí a cazar *rabbits* para ganar algún premio.

—Llegarías tarde, Diego.

⁴ Tea-tree: *Melaleuca alternifolia*, comúnmente conocida como ‘corteza de papel de hojas angostas’, ‘árbol del té de hojas angostas’, o ‘nieve en verano’

—¿Por qué, doctor? —preguntó Cardozo.

—Porque se han abolido los premios a fin de impedir que los conejos aumentasen en vez de disminuir.

—¿Por qué motivo?

—Porque los cazadores, en vez de destruirlos, los criaban secretamente en sus granjas para llevar después a la ciudad mayor número de cabezas.

—¡Bribones! —exclamó Diego soltando una carcajada—. ¡Buena ocurrencia, pardiez...!

Mientras hablaban de este modo, la caravana avanzaba a través del bosque, que dejaba acá y allá amplios espacios por los que podía pasar cómodamente el inmenso *dray*. Pero la marcha era lenta, porque el calor era cada vez más sofocante y los bueyes no aceleraban el paso a pesar de la insistencia del *drayman* y sus latigazos.

A mediodía hicieron un alto de un par de horas para preparar la comida, compuesta de un conejo asado que Cardozo había abatido de un certero disparo, carne en conserva y té, bebida indispensable en aquellas regiones y en aquella estación.

A las dos se ponían en marcha subiendo las laderas de los montes Turret y penetrando en la profunda garganta, luego descendieron a una pradera sembrada de flores y de altas matas de cinco metros de altura, sobre las cuales revoloteaban bandadas de graciosos papagayos de plumas amarillas, verdes, azules y rosadas, que pertenecían a la especie *trichoglossus*.

—¡El *bush*! —exclamó el doctor.

—¿Qué es el *bush*? —preguntó Cardozo.

—Una llanura inmensa herbácea, donde los animales encuentran pasto en abundancia.

—¿Pertenece a alguien?

—Tal vez a algún rico ganadero.

—Pues no veo ninguna casa.

—Los establecimientos están tan alejados unos de otros que quién sabe dónde se encontrará el que controla esta inmensa llanura que parece no tener límites y que constituye un *run*.

—No entiendo nada, doctor —exclamó Diego riendo.

—He dado el nombre verdadero a esta llanura. Los *rums* son espacios cedidos por el gobierno a los *squatters*, es decir, a los agricultores y ganaderos.

—¿Regalados o mediante pagos?

—Se cede gratuitamente por cinco años y, si durante este tiempo el *squatter* mejora el terreno, la cesión se prorroga por otros diez años —respondió el doctor.

—Es generoso el gobierno australiano, pero en realidad regala tierras que no le costaron un céntimo y que pertenecían a los compatriotas de nuestro Coco —dijo Diego.

—Trata de hacer productivo el continente y lo está consiguiendo.

—Y si yo me presentase, ¿me daría también gratuitamente un pedazo de terreno?

—No sólo eso, sino que, si acreditases tu condición de agricultor, te concedería el derecho de elegir el mejor terreno que encontrases en los *rums* de los grandes propietarios.

—¿Y esos grandes propietarios se dejan arrebatar tranquilamente el pedazo más productivo de sus terrenos?

—De buen grado o por la fuerza, es preciso que se adapten y lo cedan. Pero te aseguro que no te verían con buenos ojos y buscarían todos los medios lícitos o ilícitos para mandar al diablo al “comedor de cacatúas”.

—¿Así, que yo me convertiría en un comedor de cacatúas?

—Así llaman los *squatters* a los pequeños agricultores, teniéndolos por tan pobres que sólo pueden alimentarse de la carne de esos pájaros.

—¿Y me hostigarían?

—¡De qué manera! Entre los grandes y pequeños agricultores media un odio profundo que siempre termina a tiros. Los peones y campesinos de los primeros desprecian a los segundos y éstos se vengan robando a sus perseguidores bueyes, cameros y hasta algún caballo. Las luchas son frecuentes y terminan en tiroteos. Cuando alguien comete un homicidio se esconde en el interior del país con la seguridad de que la policía indígena no irá a buscarlo y se hace bandido.

—Prefiero hacer de marinero, doctor.

—Lo creo, Diego —respondió Cristóbal.

—¡*Warranga!* —exclamó en aquel instante el negro saltando velozmente a tierra y precipitándose sobre unas hojas que por su color contrastaban con las demás de la llanura.

—¿Algún animal? —preguntó Diego.

—No —respondió el doctor—. Son raíces que gustan mucho a los indígenas y que se afirma que son excelentes.

—Vayamos a buscarlas. ¡Busca, Coco, busca!

El negro no necesitaba ningún estímulo. Armado de un cuchillo que le había regalado el doctor, escarbaba casi con encarnizamiento, sacando de la tierra grandes raíces bulbosas parecidas a patatas de gran tamaño.

—¿Se comen así mismo? —preguntó Diego.

—No, se cuecen bajo las cenizas —respondió el doctor—. Los aborígenes acostumbra a comerlas junto con la goma de los árboles.

—¿Comen goma los compatriotas de Coco?

—Puede decirse que durante la estación invernal constituye su único alimento. Cuando los árboles empiezan a perder la corteza, que cae al revés que las hojas que siempre se mantienen, los aborígenes se congregan en los bosques y se dedican a la recolección de la goma que trasuda por los poros de las plantas. La llaman la “estación del descortezamiento” y la esperan con verdadera ansiedad.

—¿Y esta goma se encuentra en todos los árboles? —preguntó Cardozo.

—No, pero son muchos los que la producen; en realidad son los más numerosos.

—¿Y no dan fruta?

—¿Qué fruta? Los árboles australianos no producen esas cosas —dijo el doctor.

—¡Uf! ¡Qué país! —exclamó Diego.

Terminada la recolección de las raíces, Niro-Warranga las llevó al *dray*, subió a su puesto y la caravana se puso en marcha avanzando a través de aquella vasta llanura herbácea salpicada de espléndidas flores, entre las que destacaban las pelargonios, semejantes a las dalias europeas.

Aquella región, aunque próxima a la costa, parecía absolutamente desierta. No se veía ni una casa, ni una cabeza de ganado, ni siquiera algún pastor o algún aborígen. Sólo, de vez en cuando, se veía huir, rápidos como

flechas, a los conejos y revolotear en lo alto algunos charrános blancos⁵, y algunas bandadas de patos de crin, aves acuáticas, grandes como nuestras gallinetas, de cuello largo y delgado, plumas blancas con dibujos negros o marrones y que se dirigían hacia el este, es decir, al lago Eyre.

Al anochecer, después de haber recorrido una distancia de unas cuarenta millas, la caravana se detuvo en la extremidad meridional de una pequeña laguna, alimentada por el Warriner, río que desemboca en el lago Eyre después de un breve curso.

Aun cuando no se encontrasen todavía en la zona habitada por los aborígenes y aun cuando en Australia no hay animales peligrosos, a excepción de los *dingos*, terribles perros que suelen agruparse en gran número, el doctor, como hombre prudente, hizo encender un gran fuego y estableció tumos de guardia.

La noche pasó tranquilamente. Los únicos ruidos que se oyeron fueron los estallidos del pájaro-látigo y los toques argentinos del pájaro-campana, o las risotadas del pájaro-burlón que resonaban en medio de una espesa mata.

Al amanecer, Niro-Warranga, después de haber preparado el té, unció los animales al carro; el doctor y los dos marineros montaron en sus caballos y reemprendieron la marcha atravesando el río y costeano la orilla oriental de la laguna.

Cardozo y Diego, que no perdían detalle, una vez pasado el río, descubrieron profundas excavaciones semejantes a pozos, iguales a las que ya habían visto en las orillas del Gamber.

—¿Han sido los salvajes quienes han excavado este terreno? — preguntaron al doctor.

—No, fueron los blancos durante el período llamado de la fiebre del oro —respondió don Álvaro.

—¿Para buscar oro?

—Sí, amigos míos.

—¿También produce oro este continente? —preguntó Cardozo.

—Lo dio en gran cantidad durante muchos años. Y hasta puede decirse que ese precioso metal fue el que pobló rápidamente estas costas y

⁵ Charrán blanco: *Gygis alba*. Recibe también el nombre común de espíritu santo, por su capacidad de cernirse en un mismo lugar.

enriqueció sus ciudades. Los milagros que realizó en California se repitieron aquí.

—Cuente, doctor.

—El descubrimiento de la primera pepita se produjo el 3 de abril de 1851 cerca de Summerhill, en las proximidades de Sídney, pero al principio no se dio mucha importancia a la cosa. Sin embargo, cuatro meses después, un conductor de carros, mientras costeaba la bahía de Andersen, encontró en un estrato fangoso un bloque de oro de treinta y dos onzas de peso.

—¡Vaya suerte! —exclamó Diego.

—La noticia del descubrimiento conmovió a los habitantes de Victoria. Una auténtica fiebre, la fiebre del oro, se apoderó de la población blanca, que se arrojó a través de las praderas y los montes hurgando impacientemente las entrañas de la tierra. Hombres que unos días antes se morían de hambre, en pocas semanas se hicieron millonarios. Se encontraron pepitas de un valor inmenso, de varias libras de peso. La noticia del descubrimiento cruzó el océano, llegó hasta América y Europa, de donde llegaron mineros a millares. En tres años la región aumentó su población en más de doscientas mil almas, vio surgir nuevas ciudades como por encanto y engrandecerse las que ya existían. El comercio se paralizó, porque todos abandonaban la ciudad; negociantes, médicos y hasta marineros abandonaban sus ocupaciones para ir en busca del precioso metal, y la fiebre no cesó hasta que este territorio fue registrado en todas direcciones y agotada la última pepita.

—¡Qué suerte tienen estos ingleses! —exclamó Diego—. Donde ponen el pie encuentran...

—¿Qué es lo que encuentran? —preguntó el doctor.

—Hasta animales completamente desconocidos —dijo Diego, que se había detenido bruscamente.

El doctor se volvió y lo vio erguido sobre el caballo, con cara de asombro y la mirada fija en un grupo de árboles.

—¿Qué te sucede, amigo mío? —le preguntó.

—Señor doctor —dijo el marinero—. ¿Ha visto usted alguna vez gatos que vuelan?

—¿Gatos que vuelan? ¿Te has vuelto loco, querido amigo?

—No, ¡por cien mil diablos! Vuelvo a preguntarle si ha visto alguna vez un gato volando.

—Parece que el sol te ha trastornado el cerebro, marinero —dijo Cardozo.

—Todavía no, muchacho.

—¿Entonces?

—Os digo que he visto pasar un gato que volaba.

—Es una zorra —exclamó el doctor soltando una carcajada.

—¡Una zorra! Pero volaba, se lo aseguro.

—Una zorra voladora.

—Con su permiso, doctor, nunca lo creeré si antes no puedo ver ese extraño animal. ¿Una zorra con alas? ¿Pero qué clase de país es éste?

—¿Dónde la has visto?

—Allá abajo, doctor, en medio de aquel grupo de árboles.

—Vamos a ver.

Mientras Niro-Warranga continuaba el camino bordeando la laguna, los jinetes se dirigieron hacia el grupo de árboles, formados por una docena de estramonios de quince a veinte metros de altura, mirando atentamente entre las ramas.

Su búsqueda no duró mucho, porque atrajo su atención un grito ronco que partía de un espeso grupo de ramas. Mirando hacia aquel lugar descubrieron un animal singular, el “gato volador” de Diego. Era grande como una zorra, pero hasta cierto punto parecía un gato, pues tenía una cabeza parecida a la de este animal, y lo que era realmente sorprendente, dos alas de extraña figura formadas por dos membranas que unían las patas anteriores con las posteriores, dejando libres los dedos.

Al verse descubierto desplegó las membranas y revoloteó unos cincuenta o sesenta metros, describiendo una parábola. Al tocar tierra volvió a emprender el vuelo y fue a posarse en la rama de otro árbol.

—¡Diablos! —exclamó Diego, que estaba atónito de estupor—. ¿Se ha visto nunca volar a un gato?

—Es un *flyng fox*⁶ —dijo el doctor—. Un animal bastante curioso pero que también se encuentra en muchas islas del archipiélago malayo.

—¿Es bueno para comer?

—No lo creo, glotón.

—¿De qué se alimenta? ¿Caza ratones como sus congéneres sin alas?

⁶ Flying fox: *Pteropus poliocephalus* un murciélago de gran tamaño

—Se alimenta de insectos, murciélagos y mamíferos que caza por la noche. Raras veces se le ve de día.

—Si no es bueno para comer, ya se puede ir al diablo.

—Vamos, amigos —dijo el doctor.

Espolearon a los caballos y alcanzaron el carro, que marchaba lentamente hacia el norte, desviándose un poco hacia el oeste.

[Búscalos en Amazon.com](https://www.amazon.com)

[Búscalos en Amazon.es](https://www.amazon.es)

[Búscalos en Amazon.com.mx](https://www.amazon.com.mx)